

PAVANA POUR UNE INFANTE DEFUNTE

Cumplí los 9 el día once. Papá murió desde el primero, el tatarabuelo ayer y Jesucristo en el noticiero de las diez. “Tú eres el próximo”, sentenció mamá, mirando la báscula marcando ochenta. Ella me facilita un paquete con hojas de afeitar y un revólver de cañón antiguo. “Te sugiero que elijas el revólver” -susurró al oído- “pero sea cual fuere tu opción, hazme un favor y repta hasta lo más profundo de una bolsa de plástico antes que nada”. Luego cerró tras de sí la cajuela del taxi 33.

En la oquedad de la llantera, operé a tientas los afectos del celular para llamar a un amigo.

“No se encuentra en este instante” -respondió la grabadora.

Marqué otra vez en compás de cuatro por cuatro.

“¿Qué no le acabo de informar que no está? Por favor deje su mensaje al oír la señal...”

(Beep)

“¡Estoy desesperado!” -dije. “...¡y pienso suicidarme!”

“No se encuentra en este instante, instante, instante, instan...” -repitió y colgó.

Golpeé la lámina para advertirle al chofer mi parada. Con toda la inercia del vehículo frenando de golpe, él abrió la cajuela y me aventó una sabana. “¿Asustado?” -me preguntó, al tiempo que me arrebatava el teléfono celular.

“Tengo sed” -digo.

“Bueno, ahí tienes un poco de agua del radiador y...”

“No quiero agua. Yo quiero...”

“Yo quiero, yo quiero, yo quiero...¡Tu siempre quieres!. ¿Por que no te matas de una vez y nos dejas a todos en paz?”

Entonces volvió a cerrar la cajuela tras de mí.

Llamo a mi hermana utilizando la regresión hipnótica.

“Fue un momentito al baño” -me informó su compañera de cuarto.

“¡Es que es muy importante!”

“Yo le dejo tu recado en el refrigerador”

“No, la espero”

Esperé por diez minutos.

“¡Que chingaos quieres!” -mi hermana recriminó. “¿No te he dicho un millón de veces que generalmente tengo exámenes los jueves?. ¡Llamas entre semana cuando bien sabes que tengo el ludibrio de los reactivos el sábado inclusive, hermanito!”

“Necesito hablarte”

“¿Sabe mi mamá que me estás hablando?. ¡Vaya desperdicio de desobediencia! ¡Es ridículo...y yo debería estar estudiando!”

“Me pienso inmolar”

“¡No puedo creer esto! ¡Como si ya no hubiesen demasiadas muertes en este mes!
¡Al menos déjanos una verdad cumplida!”

“Hermana, me pienso rendir con esta llave de cruz”

“¡Demasiado metafísico para mí! ¡Adios!”. Y se desconectó.

Hice a un lado mis ropas dentro de tal féretro del jainismo y con lentos movimientos yogas fuí suplantando la figura de la herramienta unívoca por debajo mío. No tiene escapatoria el que eleva su alma con globo magnífico mientras Seurat pinta el can can.

“¡Heli lamah zabac tani!”

“¿Hijo?”

“¿Papá?”

“¡Debiste escuchar a tu mamá!” -sentenció la voz. “¡Mira, no me importa mucho si te obstinas en limpiar las narices de la gente a tu paso...sólo mantén tu distancia. Después de todo, mi muerte fue de desconcierto con un rasguño superficial!”

“¿Se encuentra el tatarabuelo también contigo?”

“Si, pero ya deshizo su corbata de moño...¿Que son esos aplausos?”

“Es una llanta ponchada, papá...es que morí dentro de la cajuela de un taxi”

“En todos los eones vividos jamás, había yo escuchado tan estrafalario apunte...¿Quién habló de volver con la treta de la svastica? ¿Soñabas en regresar arrodillado, con flores en mano?”

“Afirmativo”

“Entonces no te acerques más” -insistió.

“!Está bien, me quedaré difunto...porque no toleraría una vuelta más en la rueda de la samsara! ¿Me oyes?”

El chofer bostezó sin despegar una mano del volante.